

La Voz

Impresa | Suplemento TemasCBA | MIE 1 JUL | 20:33

La Matrix pampeana

Una serie de obras majestuosas en el sur de Buenos Aires, muchas en ruinas, simbolizan el fracaso de un modelo de país que no pudo ser.

Carlos Máximo Ferreyra

Especial

Anoche soñé con las torres de Salamone. Lo de siempre, caminaba por un desierto y de repente, con un fogonazo, aparecían en la llanura como un segundo paisaje y el rigor contemplativo funcionaba a la perfección. "Así es la propaganda", me dijo un amigo. La fascinación de una historia circular, el tiempo. Una historia que puede revelarse en viaje por la ruta del desierto Adolfo Alsina.

La parquización de la costanera en Guaminí marcha lenta, pero es una excusa de los municipales para que el trabajo dure todo el verano. Cada tanto miran el matadero que, aunque fuera declarado como todas las obras de Salamone patrimonio cultural bonaerense, se deteriora día a día. ¿Hablarán de él? ¿De un proyecto de país? El edificio, como un barco varado en la pampa, con su torre de control espacial, no se rinde y trata de escapar a la idea del trabajo brutal, pero fundamental, para salir de la crisis del '29.

Esos mataderos, que eran el espejo de un país, ahora son usados en otras localidades como capilla, hogar de perros abandonados y museo de carruajes.

En Guaminí, como en otros pueblos, la torre de la Municipalidad, como la de un buque mercante que rompe la hegemonía de la llanura, supera la de la capilla y tiene, tocando el cielo, un reloj. Una máquina que pretendía suplantar la salida y la entrada del sol, que simbolizaba la hora oficial, la hora del Estado. Eso, el avance de la civilización sobre el desierto.

Adiós al sueño de Manuel Fresco, la desruralización limpió los pueblos, que no pudieron contener ni siquiera con sus máquinas de tramitar -emblemas funcionales de un espíritu protector- a quienes quedaron al margen. El tiempo, más poderoso que cualquier factor, nada tiene que ver con un orden geométrico planificado, ni con el compromiso entre la propiedad y la geografía. Los pueblos están fríos, pero los pueblos, como los edificios, no caen por muerte natural como las personas, hay que matarlos.

Dios, Patria y Hogar. La obra de Francisco Salamone está relacionada con el cine sonoro. De lo poco que se sabe de él, nadie puede asegurar su ideología, aunque no era fascista. Sí era un fanático de Metrópolis, de Fritz Lang.

Se sabe que nació en Catania, Sicilia, en 1897 y vino a nuestro país con su padre de muy chico. Salamone se recibió de maestro mayor de obras en el Otto Krause y en sólo dos años se recibió de arquitecto en la Universidad Nacional de Córdoba, en 1920. Tiempo más tarde se muda a Buenos Aires, donde conoce a un caudillo de Avellaneda que se había convertido en gobernador por su relación con el golpista Uriburu: Manuel Fresco.

Manuel Fresco prefería la arquitectura de Alejandro Bustillo (construyó la rambla y el casino de Mar del Plata) pero encontró en Francisco Salamone a su constructor ideal para el patio de la provincia de Buenos Aires. De hecho, se comenta en la zona que circulaban dos dichos: "No se mueve un ladrillo sin que lo diga Bustillo" y "Lo que Fresco dispone, lo construye

Salamone".

El propósito político del gobernador Fresco era detener el nomadismo que impedía que los pueblos crecieran. Decirle a esa masa: "Acá tienen trabajo, un lugar donde enterrar a sus muertos y alguien, el Estado, que los cuidará". Para establecer un nuevo orden social materializado en lo simbólico, cementerios, mataderos y municipalidades. Dignificar el territorio. La propaganda paternalista de un fascista. Quizá una anticipación de los procesos de aculturación que después se vivieron durante los años de inmigración.

Todo bajo un costoso proyecto urbanístico al que llamó "Dios, Patria y Hogar". Pero Salamone hizo mucho más que eso, reinventó la pampa, creando un nuevo paisaje de hormigón. Y en sólo 40 meses (entre 1936 y 1940), con un récord de kilometraje y con una obsesión que lo llevaba a dormir en una carpa para supervisar de cerca las obras, hizo más de 60 edificios. La enumeración de los pueblos es abrumadora: Saldungaray, Coronel Pringles, Laprida, Chascomús, Balcarce, Vedia, Carhué, Tornquist, Azul, Guaminí.

Los pobladores no sabían que serían testigos de la consagración del perfil oficial en las ciudades, ya que no en vano se eligieron localidades que antes habían sido fortines. El cemento anunciaba el triunfo definitivo de la civilización sobre la barbarie. Pero Fresco no lo sabía, no se pueden pavimentar las ideas.

La arquitectura hecha paisaje. Las fotos de Esteban Pastorino superan las lucubraciones que puedan hacerse sobre la obra de Salamone. Porque demuestran que las obras tienen una comunión más fuerte con el cielo que con la tierra. Para poder acercarse a esa mística usó la técnica de la goma bicromatada en el revelado con el objetivo de resaltar el aspecto galáctico de las torres. Lo inusual de una exposición prolongada y en movimiento de un solo rollo de película y una panorámica de una toma.

Pastorino quedó fascinado después de una muestra de Ed Shaw y considera que su labor como arquitecto oficial manifiesta, visto desde la actualidad, el fracaso de una utopía de país. Si bien la gestión de Fresco fue muy exitosa, detrás de su ambicioso programa urbanístico se puso en evidencia, una vez más, el fracaso del proyecto de una Argentina agroganadera rica y poderosa.

Inclasificable para quienes lo han estudiado, porque combinó el art decó, el expresionismo, el cubismo checo. Todo está en su obra, no dejó nada escrito, no hay teoría, sólo esas moles, torres, entradas, hormigón, burocracia y futurismo son las claves.

El portal del cementerio de Laprida es descomunal. Está formado por una base de más de 10 metros de alto sobre la que se apoya una cruz con un Cristo crucificado de más de ocho metros. Pero, sin dudas, el pórtico del cementerio de Saldungaray es el más expresionista de todos. Un disco de mampostería de 18 metros de diámetro revestido con cristales azules que simboliza, quizá, el ciclo de la vida.

Las construcciones se basaron en los ejes de la vida pampeana. Pero era necesario que el municipio se convirtiera en el corazón urbano de cada pueblo. El matadero y el cementerio anunciaban la entrada y la salida del centro urbano. Fronteras entre la ciudad de los vivos y la de los muertos.

Pero la obra que soñaba Salamone era otra. Una torre altísima que remataba en un faro. Un edificio país, más importante que el obelisco y que el Monumento a la Bandera. Cuatro luces a cada rumbo le señalarían el camino a los hombres de buena voluntad que huían de la guerra y la miseria, como lo hizo su padre.

No viene al caso su exilio en Uruguay, su quiebra, un juicio por enriquecimiento ilícito (Fresco

fue intervenido en 1940), o su amistad con Arturo Capdevila. Salamone nunca más construyó edificios y, luego de repetidos infartos, muere en Buenos Aires en 1959, cuando Marlene Dietrich llegaba al país. Ella en la tapa. Ni una línea sobre él.

El ambiente estático y los gestos perpetuos fueron construyendo desde las sombras la reivindicación del extraño arquitecto de las pampas. El silencio promueve sentimientos. Ahora, las bestias de Salamone han despertado pero estas mil líneas nos mantendrán a salvo.